

Akal Pensamiento crítico

ASAMBLEA

Michael Hardt
Antonio Negri



AKAL / PENSAMIENTO CRÍTICO / 78

MICHAEL HARDT Y ANTONIO NEGRI

Asamblea

TRADUCCIÓN: ANTONIO J. ANTÓN FERNÁNDEZ

Los nuevos movimientos sociales «sin líderes» irrumpen por todas partes, dejando a periodistas y analistas políticos, a fuerzas policiales y gobiernos, desorientados y perplejos. Los activistas también luchan por comprender y evaluar el poder y la efectividad de estas mareas horizontales. ¿Por qué tales movimientos, que responden a las necesidades y deseos de tantos, no han sido capaces de establecer cambios duraderos y de engendrar una sociedad nueva, más democrática y justa? No son pocas las voces que defienden la necesidad de liderazgos renovados para que tales movimientos alcancen el esplendor de antaño, y, en consecuencia, se preguntan: ¿dónde están los nuevos Martin Luther King, Rudi Dutschke o Steve Biko?

Aunque las organizaciones políticas sin líderes y espontáneas sean hoy insuficientes, tampoco es posible ni deseable volver a las viejas formas centralizadas de liderazgo político. Es crucial en cambio, como sostienen los autores, invertir los roles de la multitud y el liderazgo en las organizaciones políticas: los líderes deben limitarse a la acción táctica, de corto plazo, mientras que es la multitud la que debe definir la estrategia. En otras palabras, la formulación de metas y objetivos a largo plazo debe provenir más del colectivo que de sus cabezas visibles.

A partir de su célebre trilogía conformada por *Imperio*, *Multitud* y *Commonwealth*, y de las ideas que desarrollaban en ella, Hardt y Negri elaboran aquí propuestas clave para dotar a los actuales movimientos, horizontales y masivos,

de capacidades de estrategia política y de toma de decisiones que conduzcan a cambios de calado, duraderos y democráticos.

«[Asamblea es] un fascinante y provocador viaje teórico a un futuro más allá del capitalismo.» (*Publisher's Weekly*)

Michael Hardt es profesor de literatura en Duke University (EE.UU.), donde codirige el Social Movements Lab junto con Sandro Mezzadra.

Antonio Negri, una de las principales figuras del pensamiento político de hoy, es profesor emérito de las universidades de Padua y de Paris 8 (Vincennes-Saint-Denis).

En Ediciones Akal han publicado, conjuntamente, *El trabajo de Dionisos. Una crítica de la forma-Estado* (2003), *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común* (2011) y *Declaración* (2012).

Diseño de portada
RAG

Motivo de cubierta
Honey Bee Swarm, de Crystal Hartman

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Nota editorial:
Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:
Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Título original
Assembly

© Michael Hardt y Antonio Negri, 2017

© Ediciones Akal, S. A., 2019
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4777-3

Conservar la fe en quienes, frente a una implacable opresión, resisten espontáneamente está bien durante la noche. Pero ya no basta al amanecer, puesto que todo ello significa que tarde o temprano las tropas del frente, con sus mejores armas y capacidad de reacción, arrinconarán a algunos de nuestros jóvenes en una oscura noche y, en uno de estos senderos, se cobrarán su venganza.

Stuart Hall, «Cold Comfort Farm»

Conocer la fascinación de los bienes comunes equivale a saber que uno no está simplemente comenzando algo, sino que se es lo suficientemente afortunado como para estar participando en algo más vasto, parcial, incompleto y siempre en expansión.

José Muñoz, «The Brown Commons»

A Su Excelentísima Majestad

En los viejos tiempos, los autores se enorgullecían del privilegio de poder dedicar sus obras a *Su Majestad*; una noble costumbre, que deberíamos recuperar. Pues, lo reconocamos o no, la Magnificencia está a nuestro alrededor. No nos referimos a lo que resta de linajes regios, cada día más ridículos y, desde luego, tampoco a los pretenciosos políticos y capitanes de las finanzas, la mayor parte de los cuales deberían ser arrestados con cargos. Simpatizamos más con la tradición de Thoreau, Emerson y Whitman, que admiran la gloria de las montañas y el misterio de los bosques, pero tampoco nos referimos a eso. Dedicamos este libro a aquellos que, contra viento y marea, continúan luchando por la libertad; a aquellos que sufren la derrota sólo para levantarse de nuevo, infatigables, y combatir las fuerzas de la dominación. Vuestra es la auténtica Majestad.

siguiendo a Melville, siguiendo a Maquiavelo

PREFACIO

Aquí la poesía equivale a insurrección.

Aimé Césaire

El guion ya es familiar: movimientos sociales se alzan contra la injusticia y la dominación insuflando esperanzas al resto, ocupan brevemente los titulares globales y, después, se desvanecen. Incluso cuando derrocan a líderes autoritarios individuales, hasta ahora han sido incapaces de crear alternativas nuevas, duraderas. Con la salvedad de algunas excepciones, estos movimientos, o han abandonado sus aspiraciones radicales y se han convertido en partícipes de los sistemas existentes o han sido derrotados por una feroz represión. ¿Por qué movimientos que convocan las necesidades y deseos de tantos no han sido capaces de lograr un cambio duradero y crear una nueva sociedad, más democrática y justa?

Esta cuestión resulta mucho más urgente en la medida en que diversas fuerzas políticas derechistas se alzan y toman el poder en países de todo el mundo, suspendiendo la normalidad legal para atacar a sus oponentes políticos, socavando la independencia del poder judicial y la prensa, llevando a cabo amplias operaciones de vigilancia, creando una atmósfera de miedo entre diversas poblaciones subordinadas, planteando ideas de pureza racial o religiosa como condiciones para la inclusión social o amenazando a los migrantes con expulsiones masivas. La gente protestará contra las acciones de estos gobiernos y tiene razón en hacerlo. Pero la protesta no es suficiente. Los movimientos sociales también tienen que poner en práctica una transformación social duradera.

Hoy estamos viviendo una fase de transición, que exige cuestionar algunos de nuestros supuestos políticos básicos. En lugar de preguntar solamente cómo tomar el poder, debemos preguntar también qué tipo de poder queremos y,

acaso más importante, en quién queremos convertirnos. «Todo depende», como dice Hegel, «de que lo verdadero no se aprehenda y se exprese como substancia, sino también y en la misma medida como sujeto»[1]. Debemos entrenar la mirada para reconocer el modo en que los movimientos tienen la capacidad de redefinir las relaciones sociales fundamentales por cuanto se esfuerzan no sólo en tomar el poder tal y como es, sino en tomar el poder de manera diferente, lograr una sociedad fundamentalmente nueva y democrática y, lo que es crucial, producir nuevas subjetividades.

Actualmente, los movimientos sociales más potentes emplean «liderazgo» como si fuera una palabra sucia –y tienen buenas y numerosas razones para ello–. Durante más de medio siglo, los activistas han criticado acertadamente el modo en que las formas centralizadas y verticales de organización, incluyendo las figuras carismáticas, consejos de dirección, estructuras de partido e instituciones burocráticas, pasan a ser trabas para el desarrollo de la democracia y la plena participación de todos en la vida política. Por una parte, se acabaron los días en los que una vanguardia política podía tomar el poder con éxito en nombre de las masas; las apelaciones al realismo político y la supuesta efectividad de ese liderazgo centralizado han demostrado ser completamente ilusorias. Por otra parte, es un grave error traducir las críticas válidas del liderazgo en un rechazo a la organización estable y la institución política, y desterrar la verticalidad sólo para hacer de la horizontalidad un fetiche e ignorar la necesidad de estructuras sociales duraderas. Los movimientos «sin líderes» deben organizar la producción de subjetividad necesaria para crear relaciones sociales que perduren.

En lugar de descartar completamente el liderazgo, deberíamos comenzar por identificar sus funciones políticas centrales y, después, idear nuevos mecanismos y prácticas que las cumplan (que a esto todavía pueda llamarse «liderazgo» es poco importante). Dos funciones clave del liderazgo son la toma de decisiones y la asamblea. Para protegernos de

la cacofonía de voces individuales y la parálisis del proceso político, según esta forma de pensar, los líderes deben ser capaces de reunir a la gente en un todo coherente, y tomar las decisiones difíciles que sean necesarias para sostener el movimiento y, en última instancia, transformar la sociedad. El hecho de que el liderazgo se defina por una capacidad para la toma de decisiones plantea una paradoja a las concepciones modernas de la democracia: los líderes toman decisiones a distancia, en relativa soledad, pero, en cierto sentido, estas decisiones deben estar conectadas con la multitud y representar su voluntad y sus deseos. Esta tensión o contradicción da origen a una serie de anomalías en el pensamiento democrático moderno. La capacidad de los líderes para congregarse a la multitud demuestra esta misma tensión. Deben ser emprendedores políticos que reúnan a las personas, creen nuevas combinaciones sociales y las disciplinen para cooperar entre ellas. Quienes reúnen a la gente de este modo, sin embargo, se mantienen al margen de esa congregación, creando inevitablemente una dinámica entre líderes y seguidores, gobernadores y gobernados. El liderazgo democrático aparece en última instancia como un oxímoron.

Nuestra hipótesis es que la toma de decisiones y la asamblea[2] no precisan de un gobierno centralizado, sino que la multitud puede lograrlas de manera conjunta, democráticamente. Por supuesto, seguirá habiendo cuestiones que, por su urgencia o naturaleza técnica, necesiten de diversas formas de toma de decisiones centralizada, pero tal «liderazgo» debe estar constantemente subordinado a la multitud, desplegado y desechado según dicte la ocasión. Si los líderes todavía son necesarios y posibles en este contexto, es sólo porque sirven a la multitud productiva. Esta no es una eliminación del liderazgo, por tanto, sino una inversión de la relación política que lo constituye, una inversión de la polaridad que vincula los movimientos horizontales y el liderazgo vertical.

¿Qué buscan hoy los movimientos de la multitud? Seguramente demandan igualdad, libertad y democracia, pero

también quieren bienestar y riqueza; no poseer más, sino crear relaciones sostenibles de acceso y uso para todos. Hace mucho tiempo estas demandas fueron concebidas juntas, en términos de felicidad. Hoy la felicidad política, la felicidad social, no es un sueño impracticable, sino que está inserto en la realidad de la producción social, como resultado de producir conjuntamente la sociedad, producir relaciones sociales en condiciones de libertad e igualdad. Ese es el único camino para una sociedad realmente democrática.

No obstante, si tratamos sólo en términos políticos la potencial efectividad de la capacidad para organizarse democráticamente y transformar el mundo; si tratamos lo político como un reino autónomo desligado de las necesidades sociales y de la producción social, entonces constante e inevitablemente nos encontraremos girando en círculos o en callejones sin salida. En efecto, necesitamos abandonar la ruidosa esfera de la política, donde todo tiene lugar en la superficie, y descender a la oculta morada de la producción y reproducción social. Necesitamos asentar en el ámbito social las cuestiones de organización y efectividad, asamblea y toma de decisiones porque, sólo allí, encontraremos soluciones duraderas. Esa es la tarea de los capítulos centrales de nuestro libro. Podemos verificar el potencial de la multitud para organizarse a sí misma, establecer cómo cooperamos y tomar decisiones conjuntamente, simplemente investigando lo que la gente ya está haciendo, cuáles son sus talentos y potencias en el campo de la producción social.

Hoy la producción es cada vez más social en un doble sentido: por un lado, la gente produce socialmente, cada vez más, en redes de cooperación e interacción y, por el otro lado, el resultado de la producción no son sólo mercancías sino también relaciones sociales y, en última instancia, la propia sociedad. Este doble ámbito de la producción social es donde se gestan y revelan los talentos y potencialidades de la gente para organizarse y gobernarse, pero también es donde se afrontan los desafíos más importantes y las formas más severas de dominación a las que se en-

frenta la multitud, incluyendo los mecanismos de dominación de las finanzas, el dinero y la administración neoliberal.

Una lucha clave en el ámbito de la producción social se libra respecto a los usos, gestión y apropiación del común, esto es, la riqueza de la tierra y la riqueza social que compartimos y cuyo uso gestionamos conjuntamente. Lo común es hoy tanto el fundamento como el resultado principal de la producción social. Dependemos, en otras palabras, de conocimientos compartidos, lenguajes, relaciones y circuitos de cooperación junto con el acceso compartido a los recursos para producir, y lo que producimos tiende (al menos potencialmente) a ser común, es decir, compartido y gestionado socialmente.

Hoy se dan principalmente dos aproximaciones al común, que apuntan en direcciones divergentes. Una afirma el derecho a apropiarse del común como propiedad privada, lo cual ha sido un principio de la ideología capitalista desde el comienzo. La acumulación capitalista hoy funciona cada vez más a través de la extracción del común, a través de enormes operaciones de petróleo y gas, enormes empresas de minería y agricultura de monocultivo, pero también extrayendo el valor producido en formas sociales de lo común, como la generación de conocimientos, cooperación social, productos culturales y demás. Las finanzas se colocan al frente de estos procesos de extracción, que son igualmente destructivos para la tierra y los ecosistemas sociales que capturan.

El otro enfoque intenta mantener abierto el acceso al común y gestionar democráticamente nuestra riqueza, demostrando los modos en los que la multitud ya es relativamente autónoma y tiene el potencial de serlo aún más. La gente, reunida, es más capaz incluso de determinar cómo cooperará socialmente, cómo gestionará sus relaciones y su mundo y cómo generará nuevas combinaciones de fuerzas humanas y no humanas, máquinas sociales y digitales, elementos materiales e inmateriales. Desde este punto de vista podemos ver, de hecho, que transformar al común en propiedad privada, cerrar el acceso e imponer un monopo-

lio de la toma de decisiones respecto a su uso y desarrollo se convierte en un lastre para la productividad futura. Somos mucho más productivos cuanto más acceso tenemos a conocimientos, cuanto más capaces somos de cooperar y comunicar entre nosotros, cuantos más recursos y riqueza compartimos. La gestión y cuidado del común es responsabilidad de la multitud, y esta capacidad social tiene implicaciones políticas inmediatas para la autogobernanza, la libertad y la democracia.

Y, aun así –nos susurra al oído algún genio malvado–, las condiciones hoy día en el mundo no son propicias. El neoliberalismo parece haber subyugado lo común y la sociedad misma, colocando el dinero como medida exclusiva no sólo del valor económico sino también de las relaciones entre nosotros y nuestro mundo. Las finanzas gobiernan sobre casi todas las relaciones productivas, que han arrojado a las gélidas aguas del mercado global. Quizá, continúa el genio malvado, tu inversión de los roles políticos podría haber tenido más sentido si los empresarios fueran tal y como los imaginaban los capitalistas en los viejos tiempos, esto es, figuras que encarnaban las virtudes de la innovación. Pero esos emprendedores son cada vez menos. El capitalista de riesgo, el promotor financiero y el gestor de fondos son quienes ahora mandan –o, más exactamente, el dinero manda y estos son meramente sus vasallos y administradores–. El empresario capitalista de hoy no es ningún Acab que gobierna su nave en mares inexplorados, sino un sedentario sacerdote que oficia una interminable orgía de acumulación financiera.

Además, el neoliberalismo no sólo ha impuesto una reorganización de la producción para la acumulación de riqueza y la extracción del común para fines privados, sino que también ha reorganizado los poderes políticos de las clases gobernantes. Una violencia extraordinaria, que agrava y profundiza la pobreza, se ha insertado en la estructura del ejercicio del poder. Las fuerzas policiales se han convertido en una especie de milicias contratadas para la caza de los pobres, la gente de color, los marginados y los explotados

y, de manera acorde, las guerras se han convertido en ejercicios de policía global, con pocos escrúpulos respecto a la soberanía nacional o el derecho internacional. A la política de excepción se le ha arrancado todo barniz de carisma, si es que alguna vez lo tuvo, y el estado de excepción se ha convertido en el estado normal del poder. «Pobres engañados», concluye nuestro genio malvado, con toda la arrogancia, condescendencia y desdén de los poderosos hacia la ingenuidad de los rebeldes.

Y, aun así, hay mucho más en juego. Afortunadamente, existen muchísimas formas de resistencia cotidiana y de rebelión, episódica pero repetida, que practican potentes movimientos sociales. Habría que preguntarse si el desprecio con el que los poderosos frustran los esfuerzos de los rebeldes y los manifestantes (y la insinuación de que nunca tendrán éxito en organizarse si no se subordinan al liderazgo tradicional) no impide que vislumbremos su horror ante el hecho de que los movimientos den el paso de la resistencia a la insurrección, y de que ocultan su miedo a perder el control. Saben (o sospechan) que el poder nunca es tan seguro y autosuficiente como quiere parecer. La imagen de un leviatán omnipotente es sólo una fábula que sirve para aterrorizar y someter a los pobres y a los subordinados. El poder siempre es una relación de fuerza o, mejor, de muchas fuerzas: «La subordinación no puede entenderse», explica Ranajit Guha, «excepto como uno de los términos constitutivos en una relación binaria, en la que el otro término es el dominio»[3]. Para mantener el orden social, es necesario aceptar y negociar constantemente esta relación.

Actualmente este conflicto es parte de nuestro ser social. En este sentido, es un hecho ontológico. El mundo tal y como es –así entendemos la ontología– se caracteriza por las luchas sociales, las resistencias y rebeliones de los subordinados, y la pugna por la libertad y la igualdad. Pero está dominado por una minoría absoluta que gobierna sobre las vidas de muchos y hurta el valor social creado por aquellos que producen y reproducen la sociedad. En otras palabras, es un mundo construido desde la cooperación social pero

dividido por la dominación de las clases gobernantes, por su ciega pasión propietaria y su sed insaciable de amasar riqueza.

El ser social aparece, por tanto, como una figura de mando totalitaria, o como una fuerza de resistencia y liberación. El Uno del poder se divide en Dos, y la ontología se divide en diferentes puntos de vista, cada uno de los cuales es dinámico y constructivo. Y, de esta separación, también se sigue una división epistemológica: por un lado, es una abstracta aseveración que, se construya de un modo u otro, debe ser considerada un orden fijo, permanente y orgánico, dictado por la naturaleza; por el otro, es una búsqueda de la verdad desde abajo, que se construye en la práctica. Una aparece como capacidad de subyugación y la otra como subjetivación, esto es, la producción autónoma de subjetividad. Esa producción de subjetividad deviene posible por el hecho de que la verdad no está dada, sino que es construida; no es sustancia sino sujeto. El poder de hacer y construir es aquí un índice de la verdad. En los procesos de subjetivación que son desarrollados y llevados a la práctica, por tanto, surgen desde abajo una verdad y una ética.

El liderazgo, entonces, de tener todavía un papel que desempeñar, debe ejercer una función emprendedora, no dictar a otros o actuar en su nombre, ni siquiera asegurar representarlos, sino ser un simple operador de ensamblaje y asamblea dentro de una multitud que se autoorganiza y coopera en libertad e igualdad para producir riqueza. El emprendizaje en este sentido debe ser un agente de la felicidad. En el desarrollo de este libro, por consiguiente, además de investigar y afirmar las resistencias y rebeliones de la multitud en las décadas recientes, también propondremos la hipótesis de un emprendizaje democrático de la multitud. Sólo asumiendo la sociedad tal y como es, y su devenir, esto es, en cuanto circuitos de cooperación entre subjetividades ampliamente heterogéneas que producen y usan el común en sus varias formas, podemos establecer un proyecto de liberación, construyendo una forma fuerte de